



WORLD
WARCRAFT
MISTS of PANDARIA

HORLEY

La fuerza del acero

Raphael Ahad

Koak cayó. Se precipitó interminablemente por incontables leguas de nubes y lluvia, la tierra debajo siempre justo fuera de su vista. A su alrededor volaban los dragones, con escamas rojas como la sangre y ojos de oro fundido, fantasmas carmesí en una tormenta eterna. Koak sentía su odio bullir y zarandear su cuerpo de orco.

Levantó un puño hacia los dragones y gritó con la autoridad del clan Faucedraco: —¡Obedecedme! —ordenó, pero su voz estaba contaminada por el miedo y la duda.

—¡NO! —rugieron al unísono. Un millar de sus sombras se fundieron en una, mayor que el propio cielo. Centelleó un relámpago y Koak vislumbró Grim Batol en la lejanía, ruinas humeantes de lo que un día fuera su hogar.

—¡Koak! —gritó alguien.

El aliento de los dragones causó una conflagración y los cielos prendieron en llamas. Koak aulló de dolor mientras las nubes de tormenta se disolvían y el fuego devoraba su mundo. Su descenso se aceleró, de repente y sin previo aviso, y el suelo inmisericorde se precipitó a su encuentro...

—¡KOAK!

Se despertó bruscamente en el punto de impacto, con el eco de una explosión atronando en sus oídos. Debajo de él había una cubierta de madera lijada y pulida; sobre él se encontraba el globo bulboso de un zepelín goblin. La propia nave era un infierno en llamas, y su tripulación luchaba frenéticamente por mantenerla en el aire.

—¡Abandonad la nave! —gritó el capitán.

Koak se puso en pie tambaleándose, con sangre de una herida abierta goteando por su frente. —La Alianza... —balbuceó. Más allá del borde del casco, vio una nave de guerra en retirada desvanecerse entre las nubes sobre El Bosque de Jade.

Con un chirrido de metal retorcido, el zepelín dio un pesado bandazo. Koak manoteó para agarrarse a algo, lo que fuera, mientras las aguas del Mar Velo de Niebla aparecían por la amura de estribor. Luego, otra explosión le hizo perder pie y lo lanzó por la borda y por los aires, los gritos de socorro del capitán ahogados por la brisa oceánica.

Caía una lluvia ligera y los vientos de la costa susurraban en sus oídos cuando Koak llegó a la orilla. Su pierna latía con un dolor incesante; había recibido la mayor parte del impacto cuando las corrientes lo habían arrojado contra las rocas. Tumbado en la arena, roto y sangrando, se preguntó si aquello era lo que Grito Infernal tenía en mente cuando le ordenó pintar de rojo el continente.

Estaba en una isla pequeña, con una única aguja de piedra que se elevaba desde su centro hasta las nubes. A su alrededor, restos llameantes del zepelín se repartían desde la costa hacia la aguja, desechos que habían caído durante el descenso final de la nave. El resto flotaba sobre las aguas del océano junto a los cadáveres carbonizados de sus antiguos compañeros de tripulación.

«*Por la Horda*» —pensó con amargura. Hubo un tiempo en que esas palabras significaron algo para Koak. El dolor de su pierna se avivó cuando intentó incorporarse.

Apoyándose en una muleta improvisada, Koak cojeó hacia el interior entre los restos desperdigados de la nave para buscar supervivientes. El humo acre de los tanques de combustible rotos de la nave le agujoneaba los ojos y le abrasaba los pulmones. Casi se asfixió con el humo al rodear una sección del casco destrozado del zepelín.

Ante él se erguía un monstruoso dragón nimbo, sus escamas escarlata brillando con la humedad de la sangre.

Koak dio un grito ahogado y se tambaleó hacia atrás, su pierna magullada cediendo bajo su peso. El dragón yacía sobre un nido de piedra aplanada en la base de la aguja, su cuerpo un retal de quemaduras y moratones. Elevó su cabeza enorme y miró directamente a los ojos de Koak.

—Tranquilo... —susurró Koak en su tono más apaciguador. El dragón medía diez metros de puro músculo, con garras tan grandes que podrían rodear fácilmente el torso de Koak y aplastarle las costillas mientras las enormes mandíbulas de la criatura lo partían por la mitad. Pero no hizo intento alguno de atacarlo, y Koak comprendió que se estaba muriendo. Tomó el metal retorcido y la madera achicharrada que rodeaban el nido.

«*Lo hemos hecho nosotros*» —pensó. De repente sintió náuseas.

Lentamente, como si pretendiera mostrarle algo, el dragón se desenroscó. En el centro de su nido había un único huevo del tamaño del pecho de Koak, prístino e indemne, su cáscara brillante como un granate pulido. La dragona lo acariciaba suavemente, con una ternura que contrastaba con su aspecto feroz. Podría haber escapado a su destino, pero se había quedado para proteger su huevo. Por algún motivo, aquello llenó de ira a Koak.

—Te has sacrificado en vano —rugió en voz baja—. Tu cría morirá de todos modos, abandonada y sola. —Torció el gesto cuando otro rayo de dolor le recorrió la pierna sin piedad. La sangre manaba de ella como un río, manchando la tierra bajo sus pies. «Y, seguramente, yo moriré con ella».

La dragona alzó la cola y envolvió con ella la muñeca de Koak, tirando de él con insistencia hacia el nido. Se arrastró hasta estar a su lado y lo empujó por la espalda, y Koak se encontró frente al huevo.

«¿Quiere que cuide de él? ¿Yo?»

—No —protestó Koak, pero era incapaz de apartar la mirada.

Extendió la mano hacia el huevo. El espacio entre ellos parecía denso y pesado, como la calma antes de una tormenta. Cuando lo tocó, una descarga punzante le serpenteó por el brazo. Koak notó cómo el huevo temblaba bajo su palma, sutilmente al principio, pero pronto empezó a agitarse con tanta fuerza que Koak retrocedió con recelo.

De repente, la punta del huevo estalló, rociando a Koak de fragmentos de cáscara rota. Un brillante halo de humo rojo surgió de la fisura y cubrió el suelo como un banco de niebla. Del interior se elevó un reluciente dragón nimbo recién nacido, con escamas de rubí y ojos de zafiro, ojos tan profundos y fluidos que mirar en su interior era como intentar vislumbrar el fondo del mar.

La cría miró a los ojos a Koak y sostuvo su mirada. Koak alargó la mano; la cría serpenteó hacia él y cerró sus minúsculas mandíbulas alrededor de la carne de su palma. Él no se inmutó, soportando el dolor hasta que el joven dragón se calmó y enroscó su cuerpo alrededor de su brazo.

Koak vio a su madre observándolos, la tristeza escrita claramente en su rostro. Clavó una última mirada sobre Koak, que se estremeció ante sus ojos imperturbables. La dragona cerró los ojos y su cuerpo subió y bajó con un último y trabajoso aliento; luego se quedó quieta. La cría la miró, y por sus gritos de angustia Koak supo que había comprendido lo sucedido. Observó con un silencio estoico mientras el dragón se acercaba a su madre ya ausente, acariciándola melancólicamente con el hocico y enroscándose bajo su sombra.

En los días siguientes, Koak luchó por mantenerse con vida, él y la cría de dragón, mientras esperaba una partida de rescate que sospechaba que el general Nazgrim nunca enviaría. ¿Y por qué iba a hacerlo? La vida de un solo orco no tenía importancia para Grito Infernal, al igual que la vida de un solo dragón no habría tenido importancia para los Faucedraco. Koak estaba solo.

La lluvia les proporcionaba agua dulce en cantidades limitadas, y por muchos pezqueñines azucarados que pescara, el apetito voraz del dragón nunca se saciaba. Su pierna lo atormentaba sin cesar, al igual que la cuestión de qué hacer con la cría.

El quinto día cesaron las lluvias. Mientras las esperanzas de salvación de Koak se reducían a polvo y el dragón temblaba de frío, vieron dos figuras en los cielos abiertos. Una pareja de dragones nimbo adultos revoloteaba sin esfuerzo entre las otras agujas del mar, cada uno con un jinete pandaren sobre su lomo. Ágilmente, trazaron un círculo alrededor de las montañas y volvieron a los acantilados de El Bosque de Jade a una velocidad asombrosa. Una historia que había oído semanas atrás a uno de los nativos resonó en la mente de Koak.

«La Orden del Dragón Nimbo».

Los acantilados barridos por el viento de El Bosque de Jade se alzaban, altos y escarpados, sobre el Mar Velo de Niebla. Koak y la cría habían cruzado el agua sobre una balsa confeccionada con restos del casco destrozado del zepelín y se abrían paso con dificultad por una senda estrecha y empinada hacia el bosque en sí. A Koak le dolía la pierna sin cesar, acosado por dolores sordos y agudas punzadas. Tampoco ayudaba que el dragón luchase con él a cada insostenible paso, tirando del trozo ajado de soga con el que Koak lo había amarrado.

—Tranquilízate —resopló Koak con el cansancio calando en su voz—. Llegaremos muy pronto, y entonces serás problema de la orden.

Las fuerzas de avance de la Horda acababan de llegar a las costas de Pandaria, pero Koak ya había oído hablar mucho de la Orden del Dragón Nimbo. Poderosos guerreros que cabalgaban a lomos de las feroces bestias, se decía que los jinetes de dragones volaban hacia la batalla tan veloces como el propio viento y golpeaban con la fuerza de la tormenta y el cielo. Koak había albergado un secreto deseo de conocerlos, ser testigo de su poder y compararlo con el de los Faucedraco.

Naturalmente, Koak no sabía mucho de los Faucedraco. Solo era un niño cuando el Vuelo Rojo había destruido Grim Batol, y se contó entre los pocos demasiado débiles para evitar ser capturados por la Alianza cuando el resto del clan escapó hacia las Tierras Altas Crepusculares. Lo que sabía sobre su clan lo había aprendido por las historias que contaban los veteranos de la Segunda Guerra, y por los sueños que atormentaban sus noches de inquietud. Nunca había doblegado un dragón a su voluntad; la testaruda cría que arrastraba colina arriba ya le estaba dando bastantes problemas.

«La Orden del Dragón Nimbo debe de ser verdaderamente temible —pensó Koak— para domeñar unas bestias tan tozudas».

Cuando llegaron a la cima, Koak creyó por un instante que habían escalado el acantilado equivocado. Esperaba una fortaleza de acero y hierro, una ciudadela imponente rodeada por patrullas de dragones adornados con armaduras y dispuestos para la guerra. En su lugar,

vio una humilde casa campestre y un espacioso mirador, ambos contruidos sencillamente con madera y piedra, rodeados de charcas de fango y balas de heno.

—No puede ser aquí —murmuró para sí. Pero al doblar con la cría la esquina de la casita para llegar al área colindante, Koak se encontró con un paisaje de dragones nimbo de todos los tamaños y colores. Algunos estaban arrellanados en corrales abiertos mientras los atendían con cepillos y sacos de pienso. Otros, flotaban tranquilamente junto a sus compañeros mientras daban un paseo vespertino por los terrenos. Unas cuantas crías yacían enroscadas plácidamente en los regazos de pandaren que meditaban pacíficamente junto a un arroyo sereno.

Koak estaba totalmente confundido. ¿Dónde estaban los guerreros legendarios?

—¡Ah, tenemos visita! —dijo una gentil voz a sus espaldas.

Koak se volvió para ver a una anciana pandaren emerger del mirador, su pelo y su pelaje grises por la edad, pero sus ojos iluminados por la chispa de la juventud. La acompañaban varios pandaren más, cada uno de ellos con un dragón nimbo de distinto color. La anciana dio un paso al frente y se inclinó.

—Bienvenido a nuestro hogar, viajero —dijo con una sonrisa—. Soy la ancestro Anli y somos la Orden del Dragón Nimbo.

—¿Te encuentras bien? —preguntó uno de los pandaren que la acompañaban—. No tienes buen aspecto.

—Oh, ¿y quién es este pequeñuelo? —gorjeó otro con voz alegre.

La cría se escudó tras la pierna de Koak, escondiéndose de las miradas de los testigos. Koak se hizo a un lado y descubrió a la cría, sacudiendo de su mente la niebla del desconcierto mientras los pandaren lisonjeaban y adulaban al bebé.

—Es vuestro —contestó, ofreciéndole a Anli el extremo de la soga—. Y no me encuentro bien. Estoy herido y necesito transporte hasta el puesto de avanzada de la Horda más cercano. Si pudierais proporcionármelo, estaría en deuda con vosotros.

Anli lo observó pensativa antes de negar con la cabeza. —Me temo que no será posible.

—No queréis involucraros en nuestro conflicto. —Koak intentó mantener su tono libre de desprecio y expulsar de su mente la imagen de la madre mutilada de la cría—. Si en lugar de eso me llevarais a Floralba...

—No —interrumpió Anli—. Quiero decir que no puedes dejar a este dragón con nosotros y marcharte.

Koak frunció el ceño. —¿Qué quieres decir exactamente, pandaren?

—Parece que te tiene bastante apego —contestó con calma—. Supongo que tú fuiste quien rompió su cascarón. Así que tú debes ser quien lo críe.

La anciana avanzó hacia él, le cerró la mano sobre la soga y volvió a apretarla contra su pecho. Los miembros de la orden lo observaban, acariciando las escamas de sus dragones como si fueran animales de compañía. Koak los miraba con indisimulada decepción. Se suponía que eran grandes guerreros; allí no veía nada más que una guardería. Y no pensaba tener nada que ver con ella.

—Pues va a ser que no —dijo con desdén.

Koak tiró la soga al suelo y se dio la vuelta para marcharse, pero solo había dado unos cuantos pasos cuando un repentino dolor atravesó su pierna. Agarrándose a la muleta, Koak cayó sobre una rodilla y maldijo sus heridas. Sintió que alguien le tiraba de la muñeca.

—Si no queréis llevarme a Floralba... —Koak dejó la frase inacabada cuando, al volver la cabeza, no vio a un pandaren a su lado, sino a la cría. Había rodeado su muñeca con su minúscula cola y tiraba de él hacia los demás con una mirada suplicante en los ojos.

Tampoco ella quería que se fuera.

Koak observó cómo un par de jinetes cruzaban las nubes sobre ellos, trazando espirales, giros serpenteantes y ejecutando maniobras temerarias con tranquilidad despreocupada en su carrera. La Orden del Dragón Nimbo no estaba compuesta por los luchadores que Koak esperaba, pero era innegable que sus miembros sabían *volar*.

Algo cambió en el interior de Koak. Cuando volvió a mirar a la cría no vio una carga, sino una oportunidad: la opción, por fin, de convertirse en un auténtico orco Faucedraco, de adiestrar a su propia montura de guerra, de cabalgar sobre ella a la batalla y de conquistar los cielos. Que los demás preparasen a sus dragones para una vida de paz y juegos. Él prepararía al suyo para la guerra.

—Muy bien —dijo, tanto a su cría como a Anli. Tomó al dragón en sus manos y lo elevó sobre su cabeza, con el sol centelleando sobre sus escamas carmesí, tan rojas como los dragones que su clan dominara antaño.

«*Seré el orgullo de los Faucedraco*» —juró Koak.

«*Haré que mi dragón me obedezca*».

La primera semana de adiestramiento no fue como Koak esperaba. El dragón demostró ser terco y tenaz, desde luego más que cualquier otra cría al cuidado de la orden. Parecía decidido a morder y devorarlo todo, excepto precisamente lo que Koak intentaba darle de comer, y siempre que Koak intentaba llamarlo a su lado, en su lugar decidía perseguir a las

demás crías chasqueando sus fauces. El dragón era rápido y ágil, y la pierna herida de Koak seguía presentándole dificultades, dejándole pocos recursos más allá de ladrar a la cría hasta que se le enrojecía el rostro y los estudiantes de la orden lo miraban con preocupación y diversión. Pero su pierna estaba curándose gracias a los cuidados de los pandaren, y Koak imaginó que cualquier orden que intentase montar unas bestias tan revoltosas debía de estar bien versada en la sanación de huesos rotos.

En su octavo día con la orden, mientras el sol se elevaba sobre los picos de las agujas de alta mar, Koak encontró el corral de su cría extrañamente vacío. Anli estaba junto al poste de la verja sonriendo con calidez.

—Parece que mi cría ha empezado pronto con las travesuras de hoy —gruñó Koak.

—Oh, en absoluto —explicó Anli—. Jenova se encargará de los cuidados de tu dragón por hoy. Por favor, ven a pasear conmigo.

Su paseo fue silencioso y serpenteante. Anli lo llevó por el sereno esplendor de El Arboretum, moteado por la luz del sol y acariciado por una brisa tranquilizadora, hasta que por fin llegaron al Puente Lanzaviento. Fiel a su nombre, el puente cubría las distancias entre varias de las agujas naturales que se alzaban desde el océano, allá abajo. Cada uno de sus arcos era una maravilla arquitectónica, un monolito de mampostería que parecía desafiar a la gravedad y resistía el zarandeo de los vientos costeros. El puente mismo se asemejaba bastante a un dragón nimbo, una criatura enorme tallada en madera y piedra que serpenteaba sobre el Mar Velo de Niebla para vigilar El Bosque de Jade a perpetuidad.

Anli esperó hasta que hubieron recorrido la mayor parte de la longitud del puente antes de darse la vuelta para dirigirse a él.

—¿Ya le has puesto nombre a tu dragón, Koak? —preguntó.

—No —respondió Koak—. Y no lo haré hasta que se lo haya ganado. Esa es la costumbre de los Faucedraco.

—Nosotros no somos los Faucedraco —replicó Anli—. Y sus costumbres no son las nuestras.

Koak se enfureció. —Lo haré a la manera de los Faucedraco o no lo haré. No hay más que hablar.

—Parece que esto es muy importante para ti —observó ella.

Koak se detuvo por un momento a buscar las palabras adecuadas antes de seguir caminando. —Cuando la Alianza me hizo prisionero, me separaron de mi clan. Tuve la oportunidad de reunirme con ellos después del Cataclismo, pero no la aproveché.

—¿Por qué no? —preguntó Anli.

—No espero que lo entiendas —respondió Koak—, pero me deshonré a mí mismo y a los Faucedraco al ser encadenado. ¿Cómo iba a presentarme ante ellos sin haber demostrado antes mi valía?

Koak dio la espalda a Anli y miró al Norte, más allá del mar, en dirección a los Reinos del Este. —Soy Faucedraco de nombre, pero no por hechos. Al domar a mi dragón a *nuestra* manera, puedo cambiar eso y volver de nuevo con mi pueblo.

—Entiendo —murmuró Anli. Habían llegado al final del puente y al santuario adornado que se erguía sobre la aguja más alta y alejada. Tras ellos se abría una visión sobrecogedora de la costa de Pandaria y el camino serpenteante del puente sobre el cielo abierto y el agua, las pagodas doradas del Templo del Dragón de Jade borrosas en la neblina lejana.

Koak hizo lo que pudo para apartar los ojos del borde de la aguja y la larga y fatal caída hasta el mar. Pero no fue suficiente, aunque logró enmascarar el miedo que echó raíces en su interior.

—La Orden del Dragón Nimbo —comenzó Anli con la vista fija en el océano—, fue fundada hace miles de años por Jiang, una joven muchacha de Floralba. Encontró una cría herida, la llamó Lo y la cuidó hasta que recuperó la salud.

—Por aquel entonces, los ciudadanos de Pandaria temían a los dragones nimbo. Los consideraban criaturas violentas y agresivas, y solo acercarse a uno era coquetear con el peligro. Todo el mundo pensaba que las acciones de Jiang conducirían al desastre.

—Domar un monstruo no es tarea para una niña —gruñó Koak.

—Ah, pero se equivocaban —prosiguió Anli—. Cuando los Zandalari atacaron al imperio pandaren y nuestros ejércitos estaban perdiendo la batalla en un puente muy parecido a este, Jiang llegó a lomos de Lo y dio la vuelta a toda la guerra. Juntos, Jiang y Lo expulsaron del cielo a los jinetes de murciélagos y derribaron a los trols del puente. Jiang fundó la orden poco después, y desde entonces la visión de un dragón nimbo ha llenado de esperanza a los pandaren.

Koak se burló. —¿Así que ahora todos seguís su ejemplo? Estos dragones han nacido para cazar y matar. No podéis cambiar la naturaleza de una bestia con compasión, como no se puede cambiar la naturaleza de la guerra.

—No es una cuestión de cambio, Koak, sino de elección. —Anli se volvió para encararlo—. Los dragones nimbo *son* salvajes y tempestuosos por naturaleza, y si se los maltrata pueden crecer para seguir siendo así de adultos. Pero un dragón nimbo no está atado por su naturaleza, como no lo estamos ni tú ni yo. Jiang no obligó a Lo a luchar; Lo *eligió* luchar porque Jiang *eligió* confiar en él y tratarlo con compasión. Por eso seguimos su ejemplo. Todos elegimos quiénes vamos a ser.

Koak permaneció en silencio un largo tiempo. ¿Podría ser cierto algo así? ¿Podría un jinete, con la vida en juego, soltar las riendas y confiar en que su montura obedecería su voluntad? Parecía una locura.

—Una idea interesante —dijo por fin—, pero sigo diciendo que las cadenas son más efectivas que las elecciones.

—¿Eso crees? —meditó Anli en silencio.

Dio un paso atrás y saltó del borde de la aguja.

—¡NO! —gritó Koak. Saltó hacia delante, olvidando momentáneamente el dolor de su pierna. Pero era demasiado tarde. Anli había desaparecido, y de ella solo quedaba el sonido de su risa bailando en el viento. Eso confundió a Koak; Anli no estaba riendo cuando cayó.

Pero ahora sí reía. De debajo del arco más cercano del puente, emergió a lomos de su dragón nimbo de ónice. Se elevó ante Koak, meciéndose y ondeado como humo líquido.

—¿Estás loca?! —exclamó Koak—. ¿Y si tu dragón te hubiera dejado caer?

—¿Conoces la diferencia entre el acero y el hierro? —preguntó ella tranquilamente.

Koak titubeó. «*Sí que está loca*» —pensó.

—El acero es más fuerte —contestó—. Cualquier guerrero competente lo sabe.

Las comisuras de la boca de Anli se curvaron formando una sonrisa enigmática. —Lo es.

Tocó el lado del cuello de su dragón, que comenzó a alejarse contorsionándose en dirección a la costa lejana. —¡Confío en que encuentres tu camino, Koak! —gritó por encima del hombro, y se precipitó hacia El Bosque de Jade tan rápido como había reaparecido—. ¡Que el Dragón de Jade te guíe!

Koak los miró marcharse, apoyándose con pesadez sobre su muleta en el extremo del puente, con el viento en el pelo y mucho en que pensar.

—¡Esto no era lo acordado! —gritó Koak—. ¡Me habéis engañado adrede!

—¿De qué estás hablando? —preguntó As—. ¡Anli dijo que habías aceptado entrenarte a nuestra manera!

As Zarpa Larga no era como los demás discípulos de la orden. Mientras los demás mostraban su humildad en su vestimenta sencilla y su deportividad, As prefería adornarse con finas camisas de seda y llamativas joyas. Se enceraba el mostacho y llevaba el pelo cuidadosamente peinado, y nunca dejaba pasar una ocasión para jactarse de su destreza,

tanto en el cielo como con el sexo opuesto. Su carácter bullicioso le resultaba a Koak más bien aborrecible, sobre todo porque la orden parecía pensar que eran muy parecidos. En todo caso, era el que Anli había elegido como tutor personal de Koak, y tras semanas de hacer el papel de niñera con la cría, Koak estaba deseando empezar el entrenamiento *de verdad*.

Sin embargo, esto no era lo que tenía en mente.

—Acepté *entrenarme* —expuso Koak. Metió la mano en la bolsa que As había traído y sacó de ella una docena de pelotas de cuero—. ¡Pero esto es un juego de niños!

—Entonces será perfecto para vosotros dos —replicó As con una sonrisita insufrible—. Todos los jinetes de la orden juegan a coger la pelota con sus dragones —explicó—. Enseña a reconocer los movimientos del otro e inculca a dragón y jinete una relación vital de dar y recibir. ¡Es una lección importante!

—Eso es absurdo —se burló Koak—. En el calor de la batalla, un solo momento de deliberación puede conducir a la muerte. Tiene que haber un amo y tiene que haber un siervo. No hay espacio para dar y recibir.

—Vamos, Koak —suspiró As—. Haz la prueba, ¿de acuerdo?

Koak refunfuñó y miró primero la pelota y luego a su cría. No tenía nada que perder ahora que As lo había arrastrado hasta aquí, hasta un campo abierto a una hora de camino del resto de la orden. Silbando para llamar la atención del dragón, lanzó la pelota en su dirección. La cría la miró y luego la empujó hacia Koak con un movimiento de cabeza.

—¿Ves? —intervino As cuando Koak recogió la pelota devuelta—. No era tan difícil, ¿verdad? —Se giró hacia los terrenos de la orden—. Ahora hazlo veinticinco veces más seguidas, eso sí— y nos veremos cuando vuelvas.

—¿*Veinticinco*? —siseó Koak. Pero As ya estaba alejándose, dejando a Koak con una bolsa de pelotas de cuero y una cría que tenía un historial de hacerle la vida difícil.

—Acabemos con esto —rezongó Koak. Volvió a lanzarle la pelota a la cría. El dragón giró trazando un círculo cerrado y golpeó la pelota con un lado de la cola. La bola volvió en un ángulo abierto, demasiado abierto para que Koak la alcanzara, y su pierna dolorida cedió bajo su peso cuando lo intentó. Al ponerse de pie usando la muleta, miró a través del campo a la cría y habría jurado que estaba sonriendo.

«*Ese maldito...* —pensó Koak—. *¡Lo ha hecho a propósito!*»

—Has cometido un grave error —dijo Koak con tono inquietante. Sacó otra pelota de la bolsa mientras la cría lo observaba con atención. Sostuvo la bola baja, ocultándola tras la cadera.

—Ahora —dijo con un rugido—, tú y yo vamos a jugar a un juego.

Koak tensó el brazo y lanzó la pelota hacia la cría con fuerza y velocidad. Sus ojos se abrieron de par en par y se apartó bruscamente justo cuando la bola golpeaba el suelo con un ruido sordo y fuerte, generando una nube de polvo. La cría le dedicó un chillido y Koak rio.

—¡Lo que yo pensaba! —gritó Koak—. Quizás la próxima vez deberías pensártelo mejor...

La cría rodeó la pelota con la cola y la disparó directa contra el pecho de Koak con la velocidad de una bala. Lo golpeó con un ruido retumbante, arrojándolo al suelo y llenando su visión de una plétora de colores vibrantes y parpadeantes mientras el aire se escapaba de sus pulmones.

«¿Cómo demonios —pensó Koak mientras jadeaba para recuperar el aliento— puede ser tan fuerte algo tan pequeño?»

Al ponerse de nuevo en pie, pelota en mano y las estrellas desapareciendo de su vista, Koak miró con furia al otro extremo del campo. El dragón respondió del mismo modo, y Koak supo que lo entendía. La batalla estaba a punto de comenzar.

Koak lanzó la pelota con toda la fuerza que pudo reunir. La cría dio un latigazo y devolvió la volea con su propia demostración de fuerza, enviando la bola como un cohete de vuelta hacia él. Koak la atrapó justo antes del punto de impacto y el golpe del cuero contra la palma de su mano reverberó entre la hierba. Luego la lanzó hacia la cría y el ciclo volvió a empezar.

Poco a poco, tanto Koak como la cría se cansaron y la ferocidad dio paso a la fatiga. Sus intentos de venganza balística degeneraron en tibios globos y lanzamientos débiles, y cuando el sol se puso y la luna salió en su lugar, los dos ya se limitaban a atrapar y devolver los tiros del otro. No obstante, la cría parecía divertirse e hizo un gesto de auténtica decepción cuando Koak decidió por fin retener la pelota en vez de volver a lanzarla.

—Ya basta —dijo Koak. Se acercó a la pelota que había iniciado la escaramuza, que la cría había lanzado demasiado lejos como para que él la alcanzara—. Ya es hora de que comamos algo.

Cuando se arrodilló para recoger la pelota, oyó el ruido de algo que se arrastraba a su espalda. Al mirar por encima del hombro, vio a la cría tirando de la bolsa por el polvo y hacia él, la arpillera entre sus dientes, luchando contra el cansancio. Cuando llegó a su altura, la cría tiró del borde de la bolsa para mantenerla abierta.

La acción sorprendió a Koak. —Gracias —dijo en voz baja.

Koak soltó la pelota en la bolsa y la cerró. La cría enroscó su cuerpo alrededor de su brazo y cerró los ojos. Un instante después estaba dormida, volutas de vapor saliendo a ráfagas de

sus fosas nasales. Koak la observó en silencio un momento antes de echarse la bolsa al hombro y empezar a caminar hacia la orden.

Los días se convirtieron en semanas y las semanas en meses. Las estaciones en Pandaria eran suaves en sus diferencias, y Koak perdió la cuenta del tiempo que había pasado con la orden. Su dragón había crecido rápidamente y ya era de un tamaño diez veces superior al que tenía cuando rompió el cascarón. Una corona de cuernos de marfil, largos y afilados, había brotado de su cráneo; su cara, antes suave y redondeada, se había vuelto ferozmente contorneada y angulosa, con bigotes ondulados que caían desde justo encima de sus dientes mortales. Sus garras infinitesimales se habían desarrollado hasta ser garras afiladas como cuchillas, capaces de reducir a jirones una armadura. Una aleta ancha y espinosa decoraba su cuello alargado, que estaba guarnecido con una melena espesa y abundante, y sus escamas de rubí se habían oscurecido hasta tomar un sombrío tono escarlata.

Koak había sido testigo de su maduración, día tras día, y por un tiempo se había acostumbrado al idílico ritmo de vida de El Arboretum. Pero sus heridas habían sanado hacía tiempo, y estaba cada vez más inquieto. La guerra proseguía sin él, y noticias de batallas se filtraban gota a gota a través de Pandaria para caer en sus oídos. La Horda había fortalecido su posición en las costas de la Espesura Krasarang, y los agentes de Grito Infernal peinaban el continente en busca de reliquias enterradas de antiguo poder, yendo hasta el punto de abrir un agujero en el Valle de la Flor Eterna. Vol'jin y los Lanza Negra se habían levantado en rebelión abierta contra el jefe de guerra, y la Horda se escindía según los guerreros elegían un bando u otro.

Koak sabía cuál sería la postura de los Faucedraco. La señora de la guerra Zaela admiraba abiertamente el estilo de liderazgo de Garrosh; los Faucedraco eran tan intolerantes con la insubordinación, como él. Volarían para Grito Infernal, y no había una oportunidad mejor para que Koak les demostrase su fuerza. No podía esperar más; había llegado su momento de jinete. Aunque eso significara luchar contra los mismos orcos que habían cuidado de él en los campos de internamiento y le habían contado historias de su clan perdido cuando no tenía a nadie más. «*Los Faucedraco no perdonan la desobediencia* —se dijo Koak—, y yo tampoco debo».

—No estoy seguro de que sea una buena idea —le advirtió As—. En mi opinión, ni tú ni tu dragón estáis preparados.

—A estas alturas, un auténtico orco Faucedraco estaría compitiendo con los demás jinetes en carreras por el cielo —replicó Koak. Tenía una silla de montar en la mano y se dirigía hacia la colina que marcaba el final del circuito de carreras de la orden.

—¡Jo, jo! —rio As—. ¡No sabía que a los Faucedraco les gustara competir! Te diré una cosa: si logras montar a tu dragón, te debo una carrera.

—Trato hecho —aceptó Koak. Tenía que admitir que, a pesar de sus bravatas y fanfarronerías, en ocasiones As era una buena compañía.

Con algo de esfuerzo, Koak coronó la colina. Todavía le dolía la pierna cuando apoyaba todo su peso, y la pendiente no era fácil de escalar. Se preguntó en silencio cómo Ka Guiso Salado lograba arrastrar sus carretillas hasta la cima todos los días.

Koak avistó a su dragón despreocupadamente arrellanado a la sombra de un árbol. Atestando las gradas junto a la línea de meta, y de pie alrededor de la periferia de la colina, se encontraban todos los alumnos y jinetes de la orden.

Koak lanzó una mirada a As, que se encogió de hombros con fingida inocencia. —Puede que les dijera a algunos que ibas a intentar ensillar al dragón —confesó tímidamente.

—No importa —musitó Koak. Había muchos, observándolo, juzgándolo—. Será corto y sin incidentes.

Haciendo caso omiso de los espectadores, Koak se acercó al dragón. Este alzó la cabeza al notar su presencia y estrechó su mirada, bizqueando con suspicacia al ver la silla. El dragón había crecido en todos los demás aspectos, pero el profundo tono cerúleo de sus ojos había permanecido igual.

Koak hizo ademán de echar la silla de montar sobre el lomo del dragón, pero este se escurrió a un lado. —No te muevas —dijo Koak. Lo intentó de nuevo; el dragón atrapó la silla con la cola y la apartó de un golpe. La bestia le chasqueó la lengua y Koak empezó a enfadarse. Creía oír a los pandaren presentes susurrándose unos a otros y soltando risitas a costa de su orgullo.

—Basta de juegos —rugió Koak—. ¡Hemos estado entrenando para esto!

Cogió la silla del suelo y la lanzó sobre el lomo del dragón una vez más, intentando inmovilizar a la bestia. El dragón gimió con fuerza y se apartó, desequilibrando a Koak. Él redobló sus esfuerzos, rodeando con el brazo la mitad de la circunferencia del dragón para intentar atar las correas de la silla.

El dragón no pensaba permitirselo. Se sacudía con violencia contra él, vigoroso y agitado, golpeando el árbol con la cola hasta casi arrancarlo. Koak se esforzó por hacerse con el control, pero el dragón era más ágil y fuerte.

—¡Estate quieto! —ordenó, golpeando con la mano abierta el firme lomo del dragón—. ¡He dicho que te estés quieto!

Un grito ahogado colectivo surgió de la multitud al intensificarse la situación. —¡Koak, quizás deberías tomártelo con calma! —oyó gritar a As por encima del clamor.

Pero Koak y el dragón siguieron luchando, golpeándose el uno al otro contra el árbol y arremetiendo contra las gradas. Los espectadores las desalojaron rápidamente, retirándose hasta el borde más lejano de la colina. Por mucho que lo intentaba, Koak no podía alcanzar el lomo del dragón, y con un último coletazo salió despedido violentamente contra uno de los postes que sostenían la bandera a cuadros de la línea de meta. El mástil se astilló y crujió con el impacto y luego cayó con estrépito, cuerdas y bandera ondeando detrás, pero la mente de Koak estaba centrada en su pierna recién curada, que estaba debajo de él en el momento de caer.

El dolor lo atravesó, y Koak sintió cómo la sangre caliente le subía a las mejillas y enturbiaba los bordes de su visión con una neblina roja. ¿Cómo *osaba* desafiarlo aquella criatura? ¡Después de todo lo que había hecho, después de todo el adiestramiento y la capitulación! Asíó una cuerda caída y la blandió, agitándola en toda su longitud por encima de su cabeza con un chasquido y haciéndola restallar como un látigo a centímetros de la cara del dragón.

—¡OBEDECE! —aulló.

Sus palabras resonaron en el silencio atónito. El dragón, quieto por la conmoción de su ataque de ira, se encogió ante él. «*¡Bien!* —pensó Koak—. *¡Aprende a temerme! ¡Aprende cuál es tu sitio! ¡APRENDE A OBEDECER!*» Koak volvió a batir el aire con el trozo de cuerda y el dragón reculó ante su avance. Koak estaba furioso, su corazón latía con fuerza y retumbaba en sus oídos.

Arrojó la silla de montar sobre el lomo del dragón e intentó asegurar las correas. El dragón gimió una protesta y se resistió.

—¡Vas a *obedecer!* —rugió Koak. Golpeó con el látigo, contactando esta vez con las escamas del dragón. La criatura chilló de dolor, su angustia, desnuda y terrible, resonando por todo El Arboretum.

«*Me odiará*».

Koak apartó ese pensamiento. Claro que el dragón lo odiaría. Era algo natural y a Koak no le importaba. Lo odiaría como los dragones odiaban a los Faucedraco, y como él había llegado a odiar a Grito Infernal. Lo odiaría como todo esclavo odiaba a su amo. Koak agarró los cuernos del dragón y tiró de su cabeza, listo para enfrentarse cara a cara con su odio y desviarlo con el corazón endurecido.

Pero cuando le miró a los ojos, Koak no vio odio. Vio traición, y confusión, y una pena tan profunda que Koak podría ahogarse en ella. No vio un monstruo terrible que domar, sino la cría huérfana y asustada que había llorado hasta perder la voz en la noche en que su madre había sacrificado su vida para salvarla. Creyó ver lágrimas en los ojos del dragón; tardó un momento en darse cuenta de que eran suyas. La cuerda se le escapó entre los dedos mientras la furia moría en su garganta.

Por los ancestros, ¿qué había hecho?

—No he... —balbuceó—. No era...

El dragón lo interrumpió con un terrible rugido que hizo temblar el corazón de Koak. Tomó un profundo aliento, pecho y cuello expandiéndose, y lo soltó con toda la furia de una tormenta. Koak se agachó mientras el rayo pasaba por encima de su cabeza, chamuscándole el pelo de punta. El dragón se elevó trazando una espiral y lo miró desde las alturas.

Koak no sabía qué decir o qué pensar. Observó en silencio cómo la silla de montar se deslizaba del lomo del dragón y caía al suelo, rompiéndose y astillándose en cien trozos distintos.

El dragón se dio la vuelta y huyó hacia el mar. Koak se puso en pie, tembloroso. La multitud lo había visto todo. Su vergüenza era repentina y total, y su ira hizo lo que pudo para eclipsarla.

—¿Qué esperabais? —les preguntó—. ¡¿Qué esperabais?! ¡Soy un orco Faucedraco! ¡Esta es nuestra manera! ¡Es lo que soy!

Mientras miraba a la multitud, vislumbró un cabello grisáceo y unos ojos juveniles. Anli se encontraba entre los espectadores, callada, sus ojos brillantes ahora llenos de tristeza.

«Todos elegimos quiénes vamos a ser».

Los pandaren lo dejaron entonces y no dijeron una palabra. Recorrieron la colina en silencio, con el fracaso de Koak cubriendo la línea de meta como un sudario. As se quedó un momento, pero Anli le puso una zarpa en el hombro y movió la cabeza. Entonces también ellos se marcharon y Koak se quedó solo.

Se volvió hacia el mar, en la dirección en que el dragón había huido. Sabía adónde se dirigía, porque sabía por sus propias experiencias atormentadas que había un lugar al que iban todas las criaturas cuando su mundo se derrumbaba y su corazón se había roto.

Su dragón iba de vuelta a casa.

Una borrasca repentina había oscurecido los cielos de El Bosque de Jade y enviaba capas de lluvia a estrellarse contra el mar. La noche había caído en las horas pasadas desde que el dragón lo abandonase, y Koak luchaba por controlar su cuerpo estremecido mientras la lluvia le calaba la ropa. Había encontrado la balsa donde la había escondido hacía meses, milagrosamente salvada de los ladrones con iniciativa y los elementos. Koak nunca había rendido mucha pleitesía a esos elementos, y cuando la balsa alcanzó la costa de la isla se preguntó si habían estado esperando la oportunidad perfecta para castigarlo por su insolencia.

Asediado por las fuerzas del viento y el agua, Koak tomó su vieja muleta y se abrió paso por la playa fangosa hacia tierra firme, siguiendo sus propios pasos de la noche fatídica en que había encontrado el huevo. Poco tiempo después, llegó al punto en que sabía que encontraría al dragón.

El nido de piedra estaba destrozado y roto, como lo había estado la noche en que Koak había tropezado con él, aunque no quedaban restos de la madre del dragón. El dragón de Koak yacía enroscado en el centro del nido, su melena caída por el peso del agua de lluvia. Cuando vio a Koak acercarse, le siseó y se retiró al fondo del nido. Aquella visión le rompió el corazón a Koak y lo llenó de vergüenza renovada.

—¡No he venido a hacerte daño! —gritó Koak superando el sonido de la lluvia, y lo decía en serio. Extendió los brazos a los costados mientras se acercaba lentamente al nido.

El dragón le aulló y se elevó en el aire. Pasó a su lado, se posó sobre un saliente alto y continuó observándolo con suspicacia evidente. Koak levantó los brazos con exasperación, rociando los alrededores con gotas de lluvia.

—¿Ahora también? —resopló—. ¿Ahora que vengo a ti, olvidando mi orgullo, para rogarte perdón? ¿Ahora también te resistes? —Se dejó caer sobre el lado opuesto del nido y tiró su muleta, que repiqueteó contra las rocas—. ¿Por qué tienes que ser siempre tan testarudo? Respondes a todas las órdenes con resistencia, simplemente porque puedes. ¡Incluso ahora, que me he enfrentado a esta maldita tormenta para buscarte! ¡Un auténtico orco Faucedraco jamás lo toleraría! Un auténtico Faucedraco... —Pero dejó la frase sin terminar, su fervor apagado por el diluvio y su propia duda insuperable.

—Un auténtico Faucedraco —graznó—. Como si yo supiera algo de eso. No soy un “orco Faucedraco”. Y nunca lo seré.

Lo dijo poco más que en susurros, y sus palabras flotaron onerosas entre ellos bajo la lluvia. De repente, Koak se sintió muy cansado. La piel de sus manos empapadas se había arrugado, y tenía el pelo aplastado contra la cabeza. Suspiró con pesadez, soltando toda una vida de angustia al aire frío de la noche, y cerró los ojos mientras la lluvia resbalaba por su frente y barba.

—Me crié en un campo de internamiento —dijo Koak al silencio—, pero nací en Grim Batol. Mi padre siempre me decía que algún día cabalgaría a lomos de un gran dragón, que los Faucedraco dominarían los cielos y el resto del mundo vendría después.

Tragó el nudo que se había formado en su garganta. —Eso fue antes de que esos mismos dragones se rebelaran y quemaran vivo al clan. Perdimos el control, y estábamos demasiado débiles para recuperarlo.

—Los humanos me encontraron poco después y me encadenaron, porque no tuve la fuerza suficiente para escapar con el resto de mi clan. Mi esclavitud no terminó hasta que Thrall

derribó las murallas del campamento, como el Vuelo Rojo había hecho con los Faucedraco. Así funciona el mundo, ¿sabes? La fuerza trae libertad; la debilidad trae servidumbre.

—Ahora los Faucedraco pertenecen a Grito Infernal —dijo, y admitirlo le destrozó el corazón—. Dependen de él para lograr recursos vitales y apoyo militar. Desafiarlo significa la destrucción. Las cadenas no se ven, pero están ahí de todas formas. Hasta que se rompan también, estamos a las órdenes de Grito Infernal. Y tras todos estos años, sigo buscando una cosa: fuerza para recuperar el control.

Koak tomó aliento lenta y profundamente, y espiró hasta que los pulmones le ardieron pidiendo aire. Miró a los cielos, a las nubes de tormenta y a la lluvia que caía. Ahora lloraba, las lágrimas manando libremente como la noche en que su clan fue destruido, y una parte de él quiso creer que sus espíritus lloraban con él.

Oyó un chirrido sobre su cabeza y vio al dragón bajando a rastras la aguja, a su encuentro. Se tumbó a su lado, enroscándose para protegerlo del viento y la lluvia. Koak extendió el brazo con cautela para poner la mano sobre la cabeza del dragón y acariciarle suavemente la melena. El dragón se tensó por un instante y luego se relajó.

Estuvieron juntos en silencio, esperando que la tormenta amainara como habían hecho durante los cinco primeros días de la vida del dragón. Cuando la lluvia cesó y el viento dejó de soplar, y Koak pudo ver el reflejo de las lunas en la superficie del mar, el dragón dormitaba pacíficamente, con pequeñas volutas de humo saliendo de sus fosas nasales.

Koak rodeó al dragón con el brazo, cerró los ojos y se sumió en un sueño profundo y tranquilo.

A Koak siempre le habían gustado las mañanas después de las noches de fuertes lluvias. Encontraba consuelo en el aire vigorizante y el follaje brillante que seguían a un aguacero, en cómo la tierra estaba fresca y renovada. Se despertó bajo cielos grises y el olor de la lluvia, y la niebla matinal era tan espesa que parecía que el mundo entero estaba envuelto en una nube. Koak se sorprendió, pero no se inmutó, cuando la ancestro Anli emergió de entre la niebla como un fantasma en un sueño.

—Fue bastante sencillo encontraros —explicó la anciana pandaren. Empezó la marcha por una senda estrecha y serpenteante que subía por un costado de la aguja y les hizo señas para que la siguieran. Tanto Koak como el dragón hicieron lo propio, aunque Koak sospechaba que el dragón solo iba por la presencia de Anli.

—La mayoría de los dragones tienen su hogar en la Isla de Barlovento —continuó Anli—, pero algunos —los pocos y obstinados que valoran su independencia y soledad— anidan en las agujas solitarias que rodean la isla.

—Y pensaste que mi dragón seguiría el ejemplo de su madre —dijo Koak.

Anli sonrió. —O quizás el de su jinete.

Koak sintió una desazón inmediata. —Yo no soy su jinete. Eso ha quedado claro sin lugar a dudas.

—Entonces, ¿por qué lo has seguido hasta aquí? —preguntó ella.

Koak miró al cielo, recordando la nave de guerra de la Alianza que lo había derribado y la partida de búsqueda que nunca había aparecido. —Grito Infernal me abandonó en esta isla —contestó—. No le haré lo mismo a mi dragón.

—Parece que no te gusta ese tal Grito Infernal —observó Anli.

Koak pensó detenidamente cómo responder. —La Horda es su ejército —dijo por fin—, pero no somos su pueblo. —Era traición decir aquello, pero solo Anli se encontraba presente para oírlo—. Garrosh exige lealtad, pero para él eso solo significa morir cuando él dé la orden. No sabe qué es la lealtad. Thrall inspiraba lealtad. Lo que Garrosh quiere es obediencia.

Anli asintió con comprensión. —No siempre son lo mismo.

Koak miró a su dragón. —No —admitió—, supongo que no.

Continuaron en silencio, y al final alcanzaron la cima de la aguja. Los picos montañosos y la costa verde que había visto desde el Puente Lanzaviento hacía mucho tiempo estaban oscurecidos por la niebla oceánica. Había empezado a caer una ligera llovizna, sus gotas frías como la neblina sobre los hombros y el pecho de Koak.

—Cuando llegaste a nosotros por primera vez —dijo Anli—, fue porque habías oído que éramos grandes guerreros. Y cuando viste que tratábamos a nuestros dragones con afecto, pensaste que las historias eran falsas.

—Pero cuando te pregunté la diferencia entre el acero y el hierro —continuó—, me dijiste que el acero era el más fuerte de los dos.

—Sí, lo recuerdo —respondió Koak, algo confuso—. ¿Qué quieres decir?

Anli se acercó al borde de la aguja, clavando la mirada en la niebla impenetrable. —Te resistes al acto del cariño, Koak, pero el acero más fuerte se forja mediante el amor. El herrero lo dobla con el máximo cuidado, cientos y cientos de veces. Así es la Orden del Dragón Nimbo. Nosotros somos los herreros, y los dragones son nuestro acero.

Anli le hizo un gesto para que se acercase. Cuando llegó a su lado, le puso una zarpa en el pecho y lo miró a los ojos.

—Pero en el caso del hierro —le dijo—, el herrero calienta y martillea el metal, obligándolo a adoptar la forma que quiere darle. Cuando se enfría, se vuelve negro y quebradizo. Aunque parezca fuerte un tiempo, se romperá cuando más lo necesites. ¿Entiendes, Koak?

Le dolía escucharlo, pero Koak sabía que era verdad. Así eran los Fauce Draco y su amargo vínculo entre orco y dragón. —Entiendo —dijo mientras desviaba la vista hacia el dragón, arrellanado en silencio detrás de ellos—, ¿pero qué pasa cuando el herrero comete un error?

—Entonces debe corregirlo —contestó ella—, mientras el metal sigue caliente.

Anli saltó por el borde de la aguja. Koak no hizo movimiento alguno hacia ella y no se sorprendió cuando reapareció a lomos de su dragón. —Una vez me dijiste que las cadenas eran más efectivas que las elecciones. Bueno, ya has probado a encadenar a tu dragón. Quizás sea el momento de intentar darle a elegir.

Koak vio cómo Anli se alejaba volando y se preguntó si algún día podría hacer lo mismo. La anciana desapareció entre la niebla y Koak se quedó a solas con su dragón. La niebla se fundió a su alrededor, cegándolo ante el resto del mundo, pero sabía que a un paso frente a él el suelo se hundía en una peligrosa caída, como la que atormentaba sus sueños. Se sintió como si llevara toda la vida cayendo. Y ya estaba *harto*. ¿Anli quería que le diera a elegir a su dragón? Pues le daría una elección *terrible*.

—Dragón —vociferó Koak. Se dio cuenta de que todavía no le había dado un nombre. El dragón levantó los ojos y cruzaron la mirada. La bestia vio lo que Koak pensaba hacer y empezó a abrir la boca para protestar. Él no le dio la oportunidad.

Koak saltó del borde de la aguja al vacío.

En un instante estuvo precipitándose de cabeza a través de nubes y niebla hacia la playa invisible de abajo, su pesadilla transformada en aterradora realidad. «*Mi dragón no me salvará* —pensó Koak de repente—. *Voy a morir así*».

Oyó un chillido familiar desde lo alto y miró hacia arriba para ver una sombra larga y retorcida que se lanzaba hacia él. Su dragón surgió de la niebla y voló hacia su lado. Había elegido.

Koak nunca había estado tan contento de haber estado tan equivocado. Pero según se acercaba el dragón, se percató con sensación de fatalidad de que no había silla ni riendas con las que aferrarse a su piel escamosa. El pánico hundió sus garras en el corazón de Koak. Intentó alcanzar al dragón de forma desesperada, manoteando frenéticamente.

El dragón rugió y estiró el cuello, respondiendo a su mirada y sosteniéndola. Cuando Koak lo miró a los ojos, esperó ver miedo, duda o desesperación. Pero no.

Lo que vio fue fuerza.

Koak relajó los dedos y entregó el control. El dragón se situó debajo de él rápidamente y lo atrapó de lleno en una curva de su lomo. Koak leyó sus movimientos de forma instintiva y le rodeó el cuerpo con los brazos en el momento del impacto, como el dragón había enroscado el cuerpo alrededor de su brazo tantas veces en su juventud.

Con un rugido que hizo temblar los cielos y retumbó en el mar, el dragón tiró hacia arriba con todas sus fuerzas. Koak sintió que el agua le rociaba la cara cuando pasó al ras de las olas, y entonces ascendieron hacia el cielo mientras la niebla se levantaba como un telón de terciopelo, el océano y la costa, y luego las agujas y el puente, y luego todo El Bosque de Jade alejándose y haciéndose diminutos debajo de ellos. Koak rio, medio exultante, medio incrédulo.

Su dragón no lo había dejado caer.

—Gracias —gritó Koak dedicándole una sonrisa. El dragón volvió la vista hacia él y Koak habría jurado que sonreía.

Atravesaron las nubes y salieron a la brillante luz del sol. El dragón trazó un bucle y, a pesar de no llevar riendas ni silla, Koak permaneció en su lomo. Se agarró con fuerza mientras surcaban el cielo, libres y fuertes y rápidos como el relámpago. Las escamas del dragón reflejaron un rayo de sol y resplandecieron como el metal pulido.

—Acero —dijo Koak sin pensarlo. El dragón estiró el cuello para mirarlo de nuevo—. Tu nombre es Acero.

El dragón rugió con vigorosa aprobación. Se zambulleron bajo las nubes a velocidad cegadora, Koak gritando y aullando al viento. Koak estaba volando... no, *estaban* volando, juntos, forjados en uno. No se parecía en nada a lo que Koak había imaginado, y era todo lo que esperaba que fuese.

Acero se lo llevó de la costa oriental y, al pasar sobre El Arboretum, Koak vio a los miembros de la Orden del Dragón Nimbo reunidos junto a sus corrales abiertos, saludándolo con amplias sonrisas en el rostro. As levantaba la zarpa en alto como si el triunfo de Koak fuese el suyo propio, y Anli sonreía con orgullo de profesora.

—¡Me debes una carrera, Koak! —le gritó As.

Koak rio. —¡Y la tendrás! —bramó—. ¡Pero antes tengo que hacer una cosa!

Acero siguió avanzando, sobre las copas de los árboles de El Arboretum y los tejados de Floralba, hacia el Valle de la Flor Eterna y el Santuario de las Dos Lunas. Koak había tomado una decisión. Su pueblo lo necesitaba... no los Faucedraco, sino la Horda.

La Orden del Dragón Nimbo le había enseñado a Koak una valiosa lección. La auténtica lealtad nunca puede forzarse; solo puede ganarse. Había criado y alimentado a su dragón, lo había cuidado y había confiado en él, y a cambio él le había salvado la vida. La Horda había

hecho lo mismo por él: lo habían acogido y le habían dado una familia cuando estaba huérfano y solo, y ahora Koak estaría a su lado contra Grito Infernal y los Faucedraco.

Hacerlo marcaría a Koak para siempre como un apestado para su clan. Pero la Horda había nacido de apestados y rebeldes, refugiados sin hogar sin nadie en quien confiar excepto los unos en los otros. Juntos se habían construido un hogar: Orgrimmar.

Juntos lo recuperarían.

—¡Por la Horda! —exclamó Koak. Ahora recordaba el significado de esas palabras. Luchar por la Horda era luchar por tus hermanos y hermanas, unir la fuerza de uno a la fuerza de muchos y crear un vínculo que nunca podría romperse.

Esa era la auténtica fuerza de la Horda... la fuerza del acero.